

las mesas había vajillas para comer que parecían de oro por los rayos del sol. Afuera en el jardín, - había acres de oro, abono plantado con maíz dorado, las manzanas, todas eran de oro, pájaros de oro sobre las ramas, gansos y patos de oro, mariposas de oro meciéndose en el aire sobre hilos de plata. -

Imagínense esto afuera en el campo, había veinte -- llamas de oro de tamaño natural pastando con sus pequeños. El jardín del sol en Cuzco, una maravilla de la tierra. Miradla ahora. (Luz: Clave 40).

DIEGO. (Entra precipitadamente por abajo) ¡Hey mu chachos! el cuarto está lleno.

DOMINGO. No lo está.

SALINAS. Lo está, mira.

JUAN. El tiene razón, está lleno.

DIEGO. Ahora podemos empezar el reparto. (Aplau~~de~~)

PEDRO. Juan, muchacho ¿qué harás con tu parte?

JUAN. Comprar una granja, mi propia granja.

PEDRO. Yo también, ya nunca trabajaré para nadie.

DOMINGO. ¡Ah! y tú puedes comprar un palacio, es fácil comprarlo con una parte de eso, olvida la mugrosa granja, ¿tú que dices Diego?

DIEGO. ¡Ah! yo quiero una granja, olvídate del palacio, una buena caballeriza y un establo de caballos árabes sólo para que yo los monte. Y tú Salinas - ¿qué tendrás?

SALINAS. ¿Yo? una casita (ríe). Justo en el centro de Trujillos, abierta de par en par, llena con pequeñas monturas para las potrancas andaluzas.

(Entra Vasca rodando un inmenso sol de oro, algo - así como un aro)

VASCA. Vean lo que traigo chicos ¡el sol! no se notará todavía, el viejo sol. Es propiedad privada.

DOMINGO. No hay propiedad privada, hasta compartirla.

VASCA. Bien aquí está la excepción, arriesgué mi vida para obtenerlo, subí más de treinta metros.

JUAN. Habladurías.

VASCA. Lo hice, lo quité del techo del templo.

PEDRO. Vamos déjalo ahí con el resto.

VASCA. No, quien lo encuentra se queda con él, es - la ley.

JUAN. ¿Cuál ley?

VASCA. Mi ley, ¿piensas que tú verás algo una vez - que comience la repartición? no, es toda tu mugrosa vida. Déjalo allá tú no volverás a ver nada.

PEDRO. (A su hermano) En eso sí tienes razón.

JUAN. ¿Lo crees así?

VASCA. Por supuesto. Primero los oficiales, después la iglesia, no ganarás ni una fregada de eso.

(Una pausa)

SALINAS. Bueno, pues hagamos una repartición ahora.

DOMINGO. ¿Porqué no? Todos tenemos derecho.

VASCA. Claro que lo tenemos.

JUAN. Muy bien. Estoy contigo.

PEDRO. Bueno chico.

SALINAS. Vamos entonces.

(Todos ellos corren hacia el aposento)

DE SOTO. ¿A dónde creéis que váis? Vosotros conocéis las órdenes del General, nada hasta compartir. Penalidad por violación: la muerte. Sepárense ahora, iré a ver al General. (Ellos titubean silenciosamente). Mantengan sus puestos (Se dispersan -- con disgusto. El sol se queda tirado sobre el suelo) y manteneos en una aguda vigilancia, el peligro aún no termina.

DIEGO. Yo diría que apenas ha empezado señor.

(Luz: Clave 41).

(Sale, De Soto permanece)

ACTO DOS

ESCENA 7

(Entran Pizarro y Atahualpa batiéndose furiosamente el Joven Martín detrás. El Inca es un magnífico guerrero y finalmente se lanza vigorosamente sobre

el hombre viejo tirando la espada de su mano).

PIZARRO. Es suficiente, ya me cansásteis.

ATAHUALLPA. Peleó bien "s-sí"? *(Por la dificultad que él tiene con ésta palabra, es evidente que es - en español).*

PIZARRO. *(Imitándolo)* "s-sí" como un hidalgo!

JOVEN MARTIN. Magnífico mi señor.

PIZARRO. Estoy orgulloso de voz.

ATAHUALLPA. *(Aplaudiendo)* ¡Chica!

JOVEN MARTIN. Vino de maíz, señor.

PIZARRO. ¡De Soto! una bebida mi querido segundo.

DE SOTO. Con placer General, el cuarto está lleno.

PIZARRO. *(Casualmente)* Lo sé.

DE SOTO. Te aconsejo compartirlo ahora mismo, los hombres están desesperados.

PIZARRO. Pienso lo mismo.

DE SOTO. No osemos retrasarnos.

PIZARRO. De acuerdo, ahora os sorprenderé Caballero Atahuallpa, vos habéis aprendido cómo pelea un - español, ahora aprenderéis su honor. Martín tu plu ma *(dictando)* "Sea conocido a través por todo mi ejército que el Inca Atahuallpa ha cumplido su obligación con el General Pizarro, por lo tanto es un - hombre libre.

DE SOTO. *(Brindando por él)* Mi señor, vuestra libertad.

(Atahuallpa se arrodilla silenciosamente y dice - - unas palabras de agradecimiento al sol)

ATAHUALLPA. Atahuallpa da gracias al señor de Soto, al señor Pizarro y a todos los señores de honor. - Vosotros podéis palpar mi júbilo.

(El extiende sus brazos, y ambos españoles lo ayudan a levantarse)

DE SOTO. ¿Qué pasará ahora?

PIZARRO. Lo libraré, por supuesto él debe jurar -- primero que no nos hará daño.

DE SOTO. ¿Piensas que cumplirá?

PIZARRO. Ya lo creo que sí. Por mi lo hará.
ATAHUALLPA. *(Al muchacho)* ¿Qué es lo que acabas - de hacer?

JOVEN MARTIN. Escribir, mi señor.

ATAHUALLPA. Explícame eso.

JOVEN MARTIN. Estos son signos: esto es Atahuallpa, y esto es un rescate.

ATAHUALLPA. ¿Pones este signo y él verá y sabrá que es un "rescate"?

JOVEN MARTIN. Sí.

ATAHUALLPA. No.

JOVEN MARTIN. Sí mi señor, lo haré otra vez.

ATAHUALLPA. Aquí sobre mi uña, no digas lo que pusisteis.

(El Joven Martín escribe sobre la uña de Atahuallpa)

JOVEN MARTIN. Ahora mostradlo al caballero De Soto.

(Lo hace, De Soto lo lee y murmura la palabra "Atahuallpa")

ATAHUALLPA. *(Al muchacho)* ¿Qué has puesto?

JOVEN MARTIN. Dios.

ATAHUALLPA. *(Asombrado)* ¡Dios!... *(Fija la vista en su uña con fascinación, después tira una estupenda carcajada como la de un niño).* Muéstrame otra vez ¡Otro signo!

(El chico escribe sobre otra uña)

PIZARRO. Ordena a Salinas que tome quinientos indios y que funda todo.

DE SOTO. ¿Todo?

PIZARRO. No podemos transportarla tal como está.

DE SOTO. Pero hay objetos de gran belleza, señor. Nunca había visto un tesoro como éste durante todo mi servicio. Es un trabajo más sutil que cualquier cosa de Italia.

PIZARRO. Caballero, eres un hombre sensible.

ATAHUALLPA. *(Extendiendo su uña a Pizarro)* ¿Que dice?

PIZARRO. (Quien porsupuesto no puede leer) ¿Dice?

ATAHUALLPA. Aquí.

PIZARRO. Es un juego tonto.

JOVEN MARTIN. El general nunca aprendió esta habilidad, mi señor. (Una pausa penosa) Un soldado no lo necesita.

(Atahualpa lo mira con fijeza)

ATAHUALLPA. Un rey lo necesita. Hay un gran poder en estas marcas. Tú eres el rey en este salón. Debería enseñarnos a ambos. Aprenderemos juntos como hermanos.

PIZARRO. (Ansioso) ¿Permaneceríais aquí conmigo - para aprender?

(Pausa)

ATAHUALLPA. No. Mañana me iré.

PIZARRO. ¿Y entonces? ¿Que haréis?

ATAHUALLPA. No te haré daño.

PIZARRO. ¿Y a mi ejército?

ATAHUALLPA. No juro por ellos.

PIZARRO. Debéis hacerlo.

ATAHUALLPA. No lo habías dicho hasta ahora.

PIZARRO. Bien, ahora lo digo. Atahualpa, debéis jurar ante mí, que no lastimaréis a ningún hombre - de mi ejército si os dejo ir.

ATAHUALLPA. No juraré eso.

PIZARRO. ¡Por mi tranquilidad!

ATAHUALLPA. Tres mil siervos míos murieron en la plaza. Tres mil, sin armas. Los vengaré.

PIZARRO. Existe una forma de misericordia, Atahualpa.

ATAHUALLPA. Esa no es mi forma, ni la tuya.

PIZARRO. Bien, entonces mostradla ahora.

ATAHUALLPA. Primero, mantén tu promesa.

PIZARRO. No puedo hacerlo.

ATAHUALLPA. ¿No puedes?

PIZARRO. No inmediatamente... Tomad en cuenta que vosotros sois muchos, nosotros somos pocos.

ATAHUALLPA. Eso no importa.

PIZARRO. Para mí sí.

(Atahualpa silba con furia. Atraviesa a paso largo el cuarto y ante la cara de Pizarro hace un gesto violento con la mano entre las bocas de ambos)

ATAHUALLPA. (Violentamente) ¡Diste tu palabra!

PIZARRO. Y la mantendré, sólo que ahora no. Hoy, no.

ATAHUALLPA. ¿Cuándo?

PIZARRO. Muy pronto.

ATAHUALLPA. (Arrodillándose y golpeando el suelo) ¿Cuándo?

PIZARRO. Tan pronto como prometáis no dañar a mi ejército.

ATAHUALLPA. (Con ardiente furor) ¡Mataré a cada uno de ellos! ¡Haré tambores con sus cuerpos! ¡Sacaré música de ellos en mis grandes banquetes!

PIZARRO. (Enfadado) Muchacho, ¿que has puesto?

JOVEN MARTIN. "El es por lo tanto un hombre libre".

PIZARRO. Continúa: "Pero permanecerá como invitado por el momento, por el bienestar de la nación".

DE SOTO. ¿Qué significa esto?

ATAHUALLPA. ¿Qué dice?

PIZARRO. No traduzcas.

DE SOTO. Ha empezado. Mi advertencia no significó nada para tí.

PIZARRO. Bien, ¡alégrense, alégrense!

DE SOTO. No me alegro.

ATAHUALLPA. ¿Qué dice?

PIZARRO. Nada.

ATAHUALLPA. ¡Hay pavor en su cara!

PIZARRO. ¡Callad, permaneced en silencio!... (Ferozmente hacia De Soto) Quiero todo el oro en trozos. No dejes nada sin fundir. ¡Házlo tú mismo, personalmente! (De Soto se va bruscamente. El Viejo Martín aparece en el fondo. Pizarro se estremece. Al Paje). Bueno ¿y tú qué me miras, pequeño caballero? ¡Fuera!

JOVEN MARTIN. El confía en vos señor.

PIZARRO. Confiar, ¿qué es confiar? Otra palabra. Honor... Gloria... Confianza, ¡Tus dioses pala--

bras!

JOVEN MARTIN. Podéis verlo señor. El confía en -- vos.

PIZARRO. Ya te dije: fuera.

JOVEN MARTIN. *(Osado sobremanera)* No lo podéis -- traicionar señor. No podéis.

PIZARRO. ¡Condeno tu impertinencia!

JOVEN MARTIN. No me importa señor. ¡Solo que no -- podéis! *(Se detiene)*

PIZARRO. Con todos tus estudios de esos admirables escritores, nunca aprendiste el deber que debe tener un paje a su señor. Lamento que no hayas cumplido con tu primer oficio. No habrá otro. *(El muchacho se dirige hacia afuera)* Saluda, te place. -- *(Se inclina)* Hubo un tiempo cuando no pudimos detenerte. *(Luz: Clave 42).*

(El Joven Martín se retira. Pizarro lo mira después con fijeza vacilando).

EL VIEJO MARTIN. Salí hacia la oscuridad, el frío nocturno de los Andes sostenía las estrellas como -- si fueran manzanas de cristal, luego cayeron mis -- primeras lágrimas de hombre. Mi primera y última -- vez. Esta fue también, mi primera y última veneración. Ya no habría devoción. *(Sale de la escena).*

(Con un quejido Pizarro se desploma en el piso y yace retorciéndose de dolor. Atahualpa contempla a su captor con menosprecio sorpresivo. Pero, como -- continúa la agonía del viejo hombre, lentamente el desprecio del Rey es reemplazado por una emoción -- más apacible. Se hinca. Sin saber qué hacer, extiende sus manos, primero hacia la herida, y luego hacia la cabeza de Pizarro y la sostiene con una -- especie de ternura)

PIZARRO. No os preocupéis. *(Luz; Clave 43)* No -- hay más remedio o alivio para esto. La muerte entró a la casa, véis y la mitad se ha derrumbado ya, como una vieja caballeriza. ¿Qué podéis saber de -- esto? Vuestra juventud es como un rocío de vida --

que brota para siempre. Vuestra piel está cantando: "No envejecerá". Pero el tiempo os está acechando, como a mí. Esta impertinencia de la naturaleza humana se helará y se fumigará. Vuestros ojos se helarán también, esos vuestros ojos húmedos vivientes... Harán una momia de vuestro cuerpo. Conozco la costumbre; os enredarán en mantos de lana, luego te transportan a través de todo el imperio hasta el Cuzco. Después os doblarán en dos y os sentarán sobre una silla en la oscuridad... Atahualpa, ¡vamos a morir! Para mí, la sensación de este oscuro porvenir ha echado todo a perder durante años, aún el gusto de vivir. A lo largo de la vejez, que es la más prolongada y la más terrible que cualquier -- otra cosa en la juventud, he observado los ciclos -- de la naturaleza con gran odio. Las hojas brotan, luego caen. Cada año es tiempo de echar dinero al cochinito, tiempos de niños en chorros de sangre y agua. Las mujeres sufren por ello. Un nacimiento, cualquier nacimiento, las llena de amor. Aplauden con amor y mi alma se encoge. Veo que todo es redondo, redondo: Un cielo infinito de pájaros, que vuelan, se mueven de prisa y aprovechan su juventud para criar y hacer volar a sus propias crías; ¿para qué? Escuchad muchacho, esta prisión que conozco -- como al tiempo, el sacerdote la llama Pecado Original. Todo es insignificante visto en el tiempo. -- El dolor. Bueno. Dios es trivial en ese sentido. Atrapados en ésta jaula, clamamos "Hay un prisionero, tiene que haberlo. Al final, final, final de -- finales nos dejará libres. ¡Lo hará! ¡Lo hará!... Pero, ¡oh mi muchacho!, nadie vendrá al oír nuestro llanto. Escucha. El silencio espera. Ningún sonido que hagamos podrá exaltarlo. La oscuridad aguarda. Ninguno de nuestros actos, ni misericordia u -- otra cosa, ni aún la gracia podrá iluminarla. Todo lo que podemos hacer es engañar a la naturaleza -- mientras podamos sentir menos y dolerá menos. *(Pausa)* Voy a mataros Atahualpa. ¿Que importa? las promesas se cumplen, se rompen no significan nada, -- nada. Vos váis a dormir más temprano que yo, eso -- es todo. ¿Os lo comprendéis? Mirad tus ojos, como

dos carbones encendidos por el sol, brillando por siempre en lo profundo de tu calavera. Mi sueño... cántame tu cancioncita. (Cantando) ¡Ah! pequeño pinzón... (Atahualpa entona unas líneas de la canción) Nada, nada... (de repente angustiado, casi aborrecido) Ay, muchacho ¿que voy a hacer con vos?

ACTO DOS

ESCENA 8

Una luz roja encima (Luz Clave 44 y Efectos Clave 51)

(El Viejo Martín aparece en la parte de allá al cuarto del sol. Música violenta, el sonido de destrucción. La luz se apaga y prende en el escenario donde los Soldados se reúnen)

VIEJO MARTIN. Nueve fraguas estuvieron encendidas durante tres semanas. La obra maestra de siglos se fundió en unas barras gordas cada una de cuatrocientas libras. El botín excedía a todo lo conocido en la historia: el botín de Génova, Milán o aún Roma. Empezaron a repartir de una vez. (Efectos Clave 52 y Luz Clave 45) (Salen).

DIEGO. General Francisco Pizarro, 57,200 pesos de oro. Hernando de Soto, 17,740 pesos de oro. La Santa Iglesia 2,200 pesos de oro.

(Entran Estete y De Candia)

ESTETE. ¡Y una quinta parte de cada cosa, de seguro, para la corona!

PIZARRO. Habéis venido a tiempo, Veedor.

ESTETE. ¡Así parece caballero!

DE SOTO. Veedor.

PIZARRO. Bienvenido De Candia.

DE CANDIA. Gracias (indicando el arete). Veo que la vida se volvió fácil por aquí. Los hombres colgados con joyas como parte de la corte.

PIZARRO. Vos establecéis la moda, yo solamente la

sigo.

DE CANDIA. Me siento halagado.

PIZARRO. ¿Qué noticias tenéis de los refuerzos?

DE CANDIA. Ninguna.

ESTETE. Envié mensajeros de regreso. No vieron nada.

PIZARRO. Así que estamos aislados. ¿cómo está mi guarnición?

DE CANDIA. La justicia española reina por doquier. Cuelgan indios por cualquier cosa. ¿Cómo está vuestro real amigo? ¿Cuándo lo colgaremos?

(Pausa. Pizarro se quita precipitadamente su arete y la arroja al suelo)

PIZARRO. (Silenciosamente) Terminó la repartición.

(Violentamente los dejo. Los hombres lo miran fijamente)

DE SOTO. Vamos, Diego. Para quien es el resto... ¡Vamos, hombre!

DIEGO. ¡Lo restante, caballería, infantería, escribanos, herreros, barrileros, etc, se dividirían entre ellos un total de 971,000 pesos de oro!

(Con vivas y aplausos entra Rodas)

SALINAS. ¡Mira nada mas, nuestro pequeño sastre! - ¿Cómo estás amigo?

RODAS. Hambriento. ¿Qué me toca a mí?

SALINAS. Una patada en el trasero.

RODAS. Ja, Ja. ¡Este es el día de los cien chistes! Yo tengo derecho a mi parte.

DOMINGO. ¿Por qué?

RODAS. Estuve detrás de ti cuidándote el pinche trasero, simplemente por eso.

DE SOTO. No tenéis derecho Rodas. En cuanto a que estabas protegiéndome ¡Podríamos habernos podrido todos, recuerdas? Bueno, ahora no tenéis derecho a nada, el salario adecuado a tu cobardía. (Bajo acuerdo general los hombres se colocan en el escena-

rio para jugar a los dados. A Estete). Debo esperar al General.

ESTETE. Siento verlo como tan angustiado. Esperaba que esta victoria le traería calma.

DE CANDIA. Debe ser su nueva riqueza, Veedor. Tanto y de repente, debe ser una gran carga para él.

DE SOTO. Las cargas del General, señor, están cuidadas por sus hombres y en lo que respecta a nuestra presente situación, trataremos de iluminarlas, mientras, hagámoslo. *(Se va)*

DE CANDIA. Hagámoslo. Una garganta cortada y todos seremos iluminados.

ESTETE. Mucho descansaría la corona si tu la cortaras.

DE CANDIA. ¿Si yo...? Quieres decir que no soy español, que no tengo que preocuparme por el honor.

ESTETE. Tu no eres un sujeto que pueda ser repudiado por mi rey, tu no tienes ninguno.

DE CANDIA. El palacio del desinterés tiene una pinche casa después de todo. Mira, hombre, seréis supervisado aquí, entonces haz tu trabajo. Ve con el General y dile que el moreno debe morir. Y agrega esto de mi parte: si España espera más, Venecia atacará por si sola. *(Luz Clave 46).*

(Se van, entra el Viejo Martín)

ACTO DOS

ESCENA 9

(Escena de tensión y creciente violencia. Los Soldados ahora casi irreconocibles, pero usando ornamentos, tocados y aretes robados del tesoro, dados de oro. Ellos están mirando silenciosamente desde arriba a una hilera de Indios enmascarados que cargan instrumentos para hacer ruidos de pájaros. Un tambor empieza a tocar. Pizarro se tropieza y durante la siguiente escena cruza el escenario como un animal enjaulado; ignorando todo excepto su dolor mental)

VIEJO MARTIN. Morales empezó a irse rápido. *(Efectos Clave 53).* Día tras día vimos su lucha interna y los morenos nos miraban esperando la señal -- del muchacho congelado para levantarse y matar a muchos de nosotros.

DOMINGO. ¡Juguemos entonces!

PEDRO. Dos cuatros.

(Juan tira exitosamente)

JUAN. *(Arrebatando una barra de oro que pertenecía a Pedro).* ¡Es mía muchacho!

PEDRO. ¡No Juan!

JUAN. Dámela *(arrebatándosela también)*

DOMINGO. Dicen que hay un ejército concentrado en las montañas, al menos 5,000.

VASCA. Lo escuché también.

DOMINGO. Blas dice que alguno de ellos son canívales.

(El ave llora)

SALINAS. Son sólo historias. Pinches estúpidas -- historias. Tú no quieres escucharme.

RODAS. Me gustaría ver cuando te cuelgen del palo más alto.

VASCA. *(Tirando los dados)* ¡Voltéense! ¡Voltéense! ¡Voltéense!

RODAS. Vamos muchachos gánenme.

VASCA. ¡Chin...! No se amontonen o no hay juego.

RODAS. ¡Malditos bastardos!

DOMINGO. Dicen que es guiado por el principal general Inca. Los morenos están inundados con su nombre.

VASCA. ¿Qué dicen? Rumi... Rumi...

DOMINGO. Eso es. Ruminagui o algo así.

(Los Indios que están en la parte superior repiten el nombre en un amenazante canto bajo: ¡Ruminagui! Los Soldados miran a su alrededor en una forma temerosa. El llanto de las aves suena de nuevo)